Diócesis
San José de Melipilla

OBISPADO DE MELIPILLA

HOMILÍA *TE DEUM*
CATEDRAL DE MELIPILLA, jueves 15 de septiembre de 2022
PARROQUIA CRISTO REY DE LLOLLEO, Domingo 18 de septiembre de 2022
Lecturas: Carta de San Pablo a Timoteo 2, 1-8
San Mateo, 7, 21-29

+ Cristián Contreras Villarroel
Obispo de Melipilla

Hoy jueves 15 de septiembre adelantamos el día tan significativo en que celebramos la memoria de nuestra vida independiente, el 18 de septiembre.

Me emociona el 18 de septiembre escuchar la Canción Nacional y ver desde inicios de este mes las casas y edificios con la bandera del único Chile, como sucede también en las grandes tragedias y logros. Recordemos la bandera en el terremoto del año 2010 o la hazaña del rescate de los 33 mineros. Esto nos lleva a abrir los labios y los corazones para bendecir al Señor y para poner nuestros proyectos en la perspectiva de su sabiduría.

La luminosidad de cada amanecer nos lleva a distinguir con nitidez el perfil de cada persona, la belleza de la naturaleza, como también el corazón de los acontecimientos. Por eso, agradecemos un nuevo amanecer de nuestra Patria que nos reúne en asamblea para bendecir a Dios, despejando de nuestro horizonte toda mirada de sospecha entre los hijos e hijas de una misma tierra.

Esta querida tricolor que ha brillado en nuestra historia Patria, flamea digna y libre en pueblos, ciudades, costas y en los más pequeños barrios de nuestra geografía. Grande o pequeña, la bandera cubre el hogar de las familias chilenas y se agita en las manos de los niños que saludan el paso de los homenajes. Ahí están los desfiles de las Fuerzas Armadas, de Carabineros de Chile, de la Policía de Investigaciones, al compás del heroico “Séptimo de Línea”, bajo una sola bandera, uniendo en el espacio el ritmo de

los sones marciales y los alegres pies de cueca. Días como este no se entienden sin un *Te Deum* en las Catedrales y parroquias en la belleza de la primavera que se anuncia.

El Dieciocho, Chile se viste de fiesta

Me pregunto qué debemos hacer para que todo el año fuese un largo Dieciocho sin la delincuencia asesina; para tener propuestas sólidas como las de los Padres de la Patria, y sin panfletos insultantes y rayados en las paredes; con una multitud en fiesta, garantizando la vida de los niños por nacer, a los ancianos una vejez digna y respetando a las personas con capacidades diferentes.

Estas preguntas no se logran sólo con prolongar un aniversario. Sin embargo, la pregunta que todos nos hacemos. ¿Qué ha pasado con nuestra convivencia? ¿De dónde viene tanta intolerancia y, en algunos casos, hasta actitudes odiosas? ¿Es que no podemos vivir juntos en esta larga y angosta geografía?

Es una enorme riqueza tener puntos de vista diferentes. Esta se origina en la diferencia complementaria de un varón y una mujer, único lugar donde nace y se multiplica la vida. Es también una riqueza que nuestra Patria se haya convertido en una tierra para albergar a migrantes huyendo de dictaduras en nuestra Latinoamérica.

Es un don que los jóvenes, como dice nuestro Papa Francisco, "hagan lío" y se movilicen. Pero ¿por qué, unos pocos, lo hacen destruyendo lo que otros han construido con esfuerzo? Recordemos el así llamado "estallido social", ¿por qué tener que quemar un templo, derribar los símbolos de la fe y la devoción de miles de creyentes? ¿Por qué saquear locales que atienden a los ciudadanos y otorgan trabajo a tantas personas? No encontramos respuestas.

Y si fijamos la mirada al Congreso Nacional, a los Colegios de profesionales, sindicatos y a las empresas, tampoco encontramos la respuesta. Nos hemos ido fragmentando en posiciones adversas, formando nuevos grupos y organizaciones, como sucedió con algunos constituyentes para redactar una nueva Constitución para Chile que fue ampliamente rechazada.

Por eso, como exhorta San Pablo a Timoteo, hoy rezamos por las autoridades: *"(…) te recomiendo que hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, por los soberanos y por todas las autoridades, para que podamos disfrutar de paz y tranquilidad y llevar una vida piadosa y digna*".

Una lamentable crisis de confianza

¿Qué ha pasado a nuestro Chile? Después de escuchar a muchas personas, es posible afirmar que hemos entrado en una de las peores crisis que puede afectar a un país. No es la crisis económica. No es la crisis política, ni siquiera la crisis de crecimiento productivo. Es la crisis de confianza que abarca desde el "hoy no se fía, mañana si", hasta desconfiar de todo tipo de autoridad económica, política, social. También hay desconfianza hacia nuestra Iglesia por abusos perpetrados por personas consagradas.

Las faltas de confianza destruyen las relaciones de amistad, de compañerismo y las más sagradas, como la de los hijos con sus padres o las de los cónyuges entre sí. Las personas de fe tenemos un desafío aun mayor, porque la fe es un acto de confianza. Dios Padre confía en su pueblo a pesar de sus traiciones; Dios envía a su Hijo a sanar y salvar a todas las personas; y envía al Espíritu Santo para renovar la faz de la tierra. Dicho de manera simple, no hay fe cristiana sin un acto de confianza. Y, por lo tanto, como cristianos jamás debemos propagar la desconfianza.

Renovamos todos los años las promesas bautismales, rechazando categóricamente el pecado y al padre de la mentira, el diablo, que siembra la discordia y estimula los conflictos. Y estos rechazos se rubrican con una gran profesión de fe, con tres "creo": en el Padre Creador, en el Hijo Salvador, en el Espíritu Santificador que actúa en su Iglesia y nos proyecta a la vida eterna. Y decir "creo" significa decir confío en ti. Esta es la matriz de nuestra vida y de nuestra fe. Por algo bautizamos a los hijos para que no crezcan al desamparo, sino firmemente enraizados en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Volver a sembrar fe y la confianza

Esa misma confianza han de respirar los niños y los jóvenes. Es la confianza que tuvimos como niños en el vientre y en los pechos de nuestras mamás. Una mujer de la multitud exclamó a Jesús: "dichoso en el vientre que te llevó y los pechos que te criaron". Es la confianza del niño recién nacido. Confianza que debemos dilatar a nuestra convivencia nacional, inspirada en Jesús y los santos Evangelios. De lo contrario, arriesgamos a formar a una generación desamparada y desilusionada.

La gran mayoría de los que estamos en este templo recibimos la fe, la enseñanza de las oraciones, las virtudes morales de nuestras familias, de las catequistas, de las religiosas, de nuestros colegios, de nuestras parroquias. Y estoy seguro que nunca hemos dejado de agradecer este inmenso regalo. Por eso, da mucha pena, ver a jóvenes que tienen toda una vida por delante que viven como desarraigados de la

sociedad. A ellos necesitamos atraerlos y mostrarles el mundo de la fe, sin ocultarles la cruz, pero con la esperanza que da la certeza de que una vida plena es posible en Jesucristo.

Una simple tarea, un compromiso

Desde esta asamblea de gratitud a Dios, me atrevo a pedir un servicio que está al alcance de todos: varones y mujeres, grandes, jóvenes y niños. Rechacemos los pelambres. Se puede tener críticas y propuestas, pero evitando el "dicen que". No aceptemos ningún "cuento", ningún "rumor" y obliguemos a quien lo propaga a dar la fuente de sus afirmaciones. Acostumbrémonos, con Jesús y como Jesús, a dar la cara por lo que creemos y pensamos, sin miedos ni complejos, y rechazar a quienes en las redes sociales hacen comentarios anónimos o panfletos infamantes.

Con el buen espíritu de la confianza los invito a que volvamos, por un instante, a las cuecas, a las empanadas, a las enramadas, a los volantines, a los palos encebados, a las carreras de ensacados, al trompo, a la rayuela, a las medialunas de los rodeos. Esto no para huir de los problemas, sino para tener el gusto de encontrarnos cara a cara, mano a mano, es decir, en todo aquello que nos hace iguales, cercanos, hermanos, aunque sea por este triduo patrio que nos devuelve la esperanza y las ganas de vivir.

Construir sobre roca firme

En la lectura del santo Evangelio que hemos proclamado, Jesús nos exige **construir la casa sobre la roca firme de su Palabra**. La casa es también la patria, la nación, aquel lugar donde vive, se reúne, crece y se desarrolla la familia. En este caso, es la enorme familia chilena, una familia de hijos e hijas con una vocación común de fraternidad y comunión, con vocación de entendimiento y no de enfrentamiento.

¿Dónde están nuestros cimientos?

En la **opción radical por la vida** de cada ser humano, desde su concepción hasta su muerte natural. Y por lo mismo la opción por la vida de cada chileno. **Cuidado** con las grietas que surgen desde las ideologías que promueven el aborto y la eutanasia. **Bienvenida** en cambio toda acción humanitaria a favor del ser humano en gestación y del cuidado por los ancianos, la asistencia a las personas con alguna forma de discapacidad.

En la **opción por la familia** basada en el matrimonio entre varón y mujer; y de nuestro acompañamiento de las realidades familiares, especialmente de aquellas donde la mujer asume muchas veces sola su realidad familiar. **Cuidado** con las grietas

que surgen de la incapacidad de tomar compromisos de por vida, o el no querer comprometer el amor con ningún rito ni religioso ni civil. **Bienvenida** en cambio la fidelidad al proyecto original que han llevado adelante nuestros padres y abuelos.

En la **opción por los pobres**, expresión de nuestra opción por la vida y propia de la sabiduría de Dios que es garante de los derechos del pobre, del huérfano, de la viuda y de los forasteros. **Cuidado** con la grieta que surge del desprecio, la frialdad, la indiferencia. **Bienvenida**, en cambio, la justicia y la solidaridad.

En la **opción por una convivencia libre y fraterna**, porque para ser libres nos liberó Jesucristo. Queremos que en nuestras ciudades y pueblos haya paz y tranquilidad. Entonces, **cuidado** con la mala vida organizada, con la trata de personas, con el maltrato de los migrantes, con las nuevas formas de colonialismo cultural que niegan nuestra chilenidad y religiosidad. **Mucho cuidado** con la violencia física o verbal que agrieta y destruye la convivencia de todos los días. **Bienvenida**, en cambio, la organización civil y las tantas formas de asociación del pueblo de Chile, en especial de sus mujeres: los centros de madres, las juntas de vecinos, los clubes de adultos mayores, las Camareras de la Virgen del Carmen, las damas de distintos colores solidarios como la Cruz Roja. **Bienvenida** la acción de los cuerpos de bomberos, sin olvidar a los miembros de nuestras Fuerzas Armadas y de Carabineros, así como a los miembros de la Policía de Investigaciones. Asociaciones presentes en este *Te Deum*.

Para realizar tal construcción, y podríamos seguir completando sus características, se requiere absolutamente de la fe y la confianza. La fe en Dios, en Jesucristo que es la Roca de nuestra existencia cristiana. La confianza en las potencialidades de la persona humana y, por lo tanto, la confianza en el otro; confianza que está tan dañada en nuestra convivencia nacional.

Y **para quien no tiene la fe religiosa o no profesa la fe cristiana, la fidelidad a su conciencia lo llevará siempre a buscar la verdad, el bien y la belleza, trascendentales del ser.** Sin esta fe o fidelidad -religiosa, personal, o de la conciencia- no hay construcción posible del mundo y del Chile en que queremos vivir.

La historia nos ha enseñado, como dijo el **Cardenal Raúl Silva Henríquez**, que *Chile tiene vocación de entendimiento y no de enfrentamiento*. La historia nos ha enseñado que *los pueblos tienen alma* y no son sólo un conjunto de personas, instituciones y organizaciones que se reconocen en un mismo territorio bajo una misma bandera. Y por eso agradecemos al Cardenal Silva Henríquez cuando nos hizo ver con ojos nuevos "**el alma de Chile**" en medio de una convivencia exasperada. Él la veía en la primacía de la libertad sobre toda forma de opresión, la primacía del derecho sobre toda forma de arbitrariedad, y la primacía de la fe sobre toda forma de idolatría.

En fin, y en palabras del mismo Cardenal Raúl:

"La Patria ha de leer constantemente su itinerario histórico en sus actas de fundación. (…) La Patria no nace del vacío o del ocaso. La Patria se constituye en el momento en que un grupo de hombres que habitan físicamente un determinado territorio reconocen como suyo un mismo patrimonio de sangre y cultura, entran en comunión de tarea y destino (…). La Patria no se inventa ni trasplanta porque es fundamentalmente alma; alma colectiva de un pueblo, consenso y comunión de espíritus que no se puede violentar ni torcer, ni tampoco crear por voluntad de unos pocos. De aquí fluye, con imperativa claridad, nuestra más urgente tarea: reencontrar el consenso; más que eso, consolidar la comunión en aquellos valores espirituales que crearon la Patria en su origen. La Historia demuestra –y seguirá demostrando- que sólo en esta fidelidad es fecunda la esperanza.

"Los pueblos que enajenan su tradición y por manía imitativa, violencia impositiva, imperdonable negligencia o apatía, toleran que se les arrebate el alma, pierden, junto con su fisonomía espiritual, su consistencia moral y finalmente su independencia ideológica, económica y política".

***

Que este *Te Deum* por las fiestas nacionales, a la que nuestras autoridades locales han querido poner como pórtico de entrada alabando a Dios, nos llene de esperanza por un presente y futuro mejor.

Como obispo de esta querida diócesis de Melipilla, con sus pueblos, ciudades del campo y del litoral, bendigo de corazón a nuestras autoridades, a los servidores públicos, a sus habitantes, a sus queridas familias y en especial a quienes están impedidos y enfermos. ¡Dios cuide a nuestra Patria!

Todo esto lo pongo bajo la protección de la Santísima Virgen del Carmen, Madre de Chile y protectora de la ciudad de Melipilla, de San José nuestro patrono. Y no olvidemos que en Isla de Maipo veneramos a la Virgen como la Mercedita, porque está llena de mercedes, es decir, de dones para sus hijos. Y así sea.